

DOÑA TERESA: ochenta años para la reflexión¹

RESUMEN

En el contexto contemporáneo, los cambios culturales se acrecientan y nos desligan del pasado y, al mismo tiempo, nos llaman a valorar la tradición en términos identitarios, más aún la vida de quienes resguardan la tradición. Aquí las vivencias y las experiencias de aquellos que rondan la cada vez más común tercera edad, se constituye en una necesidad. Por lo tanto, se procura la reflexión mediante la exposición del relato de vida de doña Teresa, mujer octogenaria vecina de Ciudad Colón, cantón de Mora.

PALABRAS CLAVES: Ciudad Colón, relato de vida, tercera edad, cambio cultural.

ABSTRACT

In the contemporary context of cultural change are increased, diverging from the past and at the same time calling us to assess the tradition in terms of identity, even more so the lives of those guarding the tradition. Here the experiences and experiences of those who go about the increasingly common elderly, it is a necessity. Therefore, attempts to reflection by exposing the life story of Doña Teresa, octogenarian woman nearby Ciudad Colón, cantón de Mora.

KEYWORDS: Ciudad Colón, live history, third age, cultural change.

*Aquella que recorre de arriba a bajo las calles,
la que orgullosa siempre va descalza.
Esa que se dice empleada de los ricos,
la que planta y cuida su jardín.
Esta, la de tez morena
que sube a los árboles.
La mujer valiente...*

**Jáírol Núñez
Moya**

Licenciado en
Antropología Social.
Doctorando en Estudios
de la Sociedad y la Cultura.
Profesor Comunicación
y Lenguaje
en Escuela Estudios
Generales, Universidad de
Costa Rica.
Investigador del
IDESPO, Universidad Nacional.

Darle sentido a la vida

En un mundo globalizado, el consumismo, las tecnologías de la información y los nuevos espacios delimitan un entorno en el cual el individualismo y el poco valor dado a la vida se acentúan.

Estas transformaciones se anclan en un ideal de progreso que limita el desarrollo de las personas y propicia la calificación de estas en función de aquello que se señala

“productivo”. Poco a poco, se ha antepuesto una solidaridad mecánica a una orgánica (Durkheim, 1984; citado por Mendoza, 2005), es decir, el paso de las relaciones de conciencia colectiva e integración social a aquellas en las cuales las relaciones empresariales organizan esa integración; se ha dejado una cultura subjetiva por una cultura objetiva (Simmel, 1973; citado por Mendoza, 2005) en donde los saberes tradicionales son reemplazados por el conocimiento tecnológico; y se habla de cómo se diluye el bucólico espacio rural en el creciente entorno urbano, lo cual implica dar paso al anonimato (García, 2004).

Todo ello implica ir de lo tradicional a lo “moderno” (García de la H., 2000) y, sobre todo, en nuestra época, la inconsistencia de eso que se calificó como tal (Giddens, 1994 y 1997; Larraín, 1996) y que ha adquirido muchos prefijos para señalar los cambios.

Así, nos enfrentamos a la disyuntiva que expone García Canclini (2005) acerca de si en la contemporaneidad debemos ¿globalizarnos o defender la identidad? El punto de discusión aquí es, sin duda, la valoración de lo cultural, diríamos, en este caso del patrimonio, entendido como herencia de lo que somos y estamos dejando de ser o, aún más, en el último de los casos, lo que hemos dejado.

Uno de esos elementos, tal y cual se indicó es la valoración de la vida y, en ella, algunas de sus etapas, no en vano apunta Feixa que: “...el advenimiento de la modernidad ha ido en detrimento del estatus atribuido a jóvenes y ancianos” (1996: p. 325), siendo más evidente con los últimos.

Ante los pocos espacios para sentarnos a dialogar con nuestros/as abuelos/as, ante la lejanía generacional y la sentencia lapidaria del silencio, el consumo y el “progreso”, valga esta aproximación para considerar los retazos de una vida y hacer patente la imagen cultural (Feixa, 1996) de una generación que ya nos ha heredado.

En las próximas líneas se presentarán algunos elementos extraídos de la vida de doña Teresa Sánchez Mena, mujer de 80 años, vecina de “Villa” –según ella misma llama a Ciudad Colón– un valuarte de nuestro pasado, un ejemplo de vida digno de admirar.

La mujer valiente que sube a los árboles

Remitidos por vecinos de la comunidad, en el marco de un proyecto de tradición oral, dimos con doña Teresa, y se nos grabó tanto en la memoria y nos impactó tanto su experiencia de vida que, en honor a sus ochenta años, en medio de la “modernización” que vive el oeste de San José, decidimos evocar sus vivencias. Argumentamos con sus relatos dos aspectos: la importancia de nuestros adultos mayores, por sí mismos y por la contribución a nuestro presente desde el pasado, y la sobrevivencia de la tradición que es subvalorada en el no reconocimiento de la riqueza patrimonial que cargan nuestros/as abuelos/as. Desde esa perspectiva miramos a través de su historia y compartimos más allá de una tarde, el valor de un personaje como tantos que suelen pasar desapercibidos en nuestro entorno familiar, comunal, nacional...

Doña Teresa nació un 8 de agosto del 1929 en un hogar humilde, construido –según lo que decían su mamá y su papá– con solo un horcón y latas. La ubicación de esa primera casa es en el mismo lugar en donde vive, y esa tierra, también, es la misma que alimenta un árbol de mango, al cual, casi ocho décadas después de aquel acontecimiento, se sube sin ningún problema. Si media hora antes hubiéramos llegado a su casa, arriba del palo la hubiéramos encontrado, asegura su nuera.

Precavida, la interlocutora aceptó hablar y contestar lo que pudiera, y señaló de inmediato que estuvo en la escuela hasta los catorce años, excusando, quizá, una ausencia de algo que, sinceramente, no sabemos qué, pues iríamos, poco a poco, develando una fortaleza y entereza envidiables...

Nos comentó acerca de esa casa en donde nació, en donde vivió de niña y hasta los 15 años pues después salió a buscar trabajo. A esa edad, comenzó a trabajar en San José como empleada doméstica, oficio que tuvo hasta el año 1982. Sin embargo, a lo largo de esos casi 40 años, no se desligó nunca de sus padres; viajaba todos los meses a Villa para traer "platilla" a la casa:

"En la casa donde yo trabajaba allá dormía. Diay porque en las casas que uno trabaja antes sí, ahora es que le dicen a uno vení a trabajar que va, no hay dormida. Antes si le decían a uno, dormir allá y entonces viajaba cada mes para acá, pero hasta los 15 años que yo me acuerde, yo estuve ahí en la escuela".



Aseguró haber llegado a quinto año de la escuela, haber repetido tercero y salirse de estudiar para ayudar a su familia. En esas épocas en donde, más que el estudio, la satisfacción de las necesidades básicas era lo que apremiaba, y cuando los hijos mayores asumían el compromiso de respaldar con sus esfuerzos a los padres:

"Yo solita salí porque yo era la más vieja de la casa, mi papá necesitaba, tampoco él me exigió, no me dijo salga para que vaya a trabajar, ni mi mamá menos. Entonces yo salí para ver si ayudaba a la casa, porque los demás hermanos eran menores y estaban en la escuela. Iba a una casa y salía porque era poco lo que se ganaba en ese entonces, buscaba trabajo en otra casa..."

Haciendo un recuento de cómo vivía su infancia, doña Teresa nos habló de que su papá se ganaba la vida en "el monte": chapeaba, iba ayudar a pelar las reses, a halar la carne y el ganado, ya que aunque sembraba frijoles y maíz, con eso no les alcanzaba. Ella iba con sus hermanos pequeños a ayudarle pero, de inmediato y con risa jocosa, rectifica que menores, debido a su estatura.

Su mamá cocinaba con leña y, solo en los fines de semana cuando el papá iba a trabajarle al carnicero, comían carne. Pasaban muchas calamidades, por ejemplo, había gente que sembraba y tenían sus cerdos, pero no les colaboraban; lo que les daban eran unos frijoles con gorgojo y, ante la necesidad, así se los comían.

Así nos relató doña Teresa los trabajos de su padre:

"... [jalaban carne] un hombre adelante y otro atrás, ahí cruzándolos, el ganado o el chanco, lo traía ahí hasta el mercado, el mercado viejo... Después que

los más ricachones de la calle diría que eran Juan Carlos Hernández, entonces a la orilla de la calle entre piedra y piedra nacía zacate, entonces el señor don Carlos le pagaba a mi papá para que fuera a sacar el zacate con un machetillo... y dejaba las piedras limpias. Se ganaba como 2 colones o 1,50 por semana, porque antes se ganaba 1,50 semanal. Iba a trabajarle a un señor, o sea mis hermanos y yo íbamos allá a donde están ahora un señor Alpízar, aquí lo conocen a uno por sobrenombre "Chancha" le dicen, Melico Alpízar, y entonces por ahí íbamos a trabajarle a un señor que vivía por el río donde vive Javier, Javier Alpízar. Él era el dueño de eso, cuando nosotros íbamos a sacar maní, a cortar arroz y sacarlo de la máquina en un canasto, 50 colones, no –corrige- 50 céntimos. A arrancar frijoles andábamos allá, en el barrio, un bananito medio frito con manteca, eso era lo que llevábamos. Ya arrancar frijoles ya no me acuerdo cuánto pagaban... es que así era, todo era barato, pero diay uno no se ganaba el sueldo, un sueldazo. Después nos íbamos allá al bajo, porque por allá habían una matas que se cortan y se hacen petates...".

Cuenta que su papá hacía petates y los llevaba a vender, aspecto interesante pues esa es una actividad artesanal tradicional del cantón de Mora. Doña Teresa sabe hacerlos pero dice que ahora no pagan ese trabajo, y que igual pasa con los guacales que también antes los llevaban a vender. Sin embargo, aunque no paguen el trabajo, si todavía fuera necesario, indica que se animaría a hacerlos, así como se anima a subirse al palo de mango.

La que se dice empleada de los ricos

Ubicada en San José, de casa en casa, el oficio doméstico se convirtió en su machete. Trabajo que tuvo que aprender ya que, según apuntó: *"...mi mamá aquí no me había enseñado a hacer oficio"*.

Con su trabajo, doña Teresa empezó a ayudar a solventar los gastos de su familia:

"...le decía mi mamá, vaya donde Pepe Ávila, que era el que tenía la pulpería y saca hasta 75 colones de comedera por mes porque como yo iba de casa en casa saliendo, pero para ir ganando más y más. Entonces 15 colones comencé a ganar en Aranjuez y allí me regalaban cosillas, para cuando papá podía verlo, para comedera. De ahí pasé por barrio México a ganar 20 colones y me fui así así y después me fui a Sabanilla, Montes de Oca a ganarme 40 colones, entonces yo le decía, acá me daban crédito, y le decía a mamá saque hasta tanta cantidad de plata, yo no podía pagar más".

Para ese entonces, cuando comenzó a trabajar, los dos hermanos menores estaban en la escuela; ellos se daban cuenta de que le daban crédito y aprovechaban para sacar cosas. De eso se percataron cuando se pasaron de los 75 colones que había fijado como máximo, ya que les extrañaba tanta plata, porque antes era 10 ó 15 céntimos que costaba una libra de frijoles, la manteca 25 céntimos, etc.

En San José, trabajó con distintas familias. Nos cuenta:

"Trabajé con Enrique Odio Herrera, era porque ya se murió y la esposa también, con ellos trabajaba hace como 50 años. De ellos se yo, porque él era el

dueño del Gallito Comercial y él era hermano de Monseñor Odio Rivera, que fue el que me bautizó aquí. Él venía acá a caballo, porque en ese entonces no habían buses, él era el cura párroco de acá, él me bautizó y era hermano de él. Después a los Guzmán ahí les trabajé mucho tiempo, el esposo era hijo de un penalista de hacienda que se llamaba... ah, don Carlos Salazar Rojas que era cafetalero, pero hace tiempo, yo ganaba como 75 colones...”

Doña Teresa guarda muchas historias de sus distintos trabajos. Llegaba a las casas con el paraguas y el bolso; si se tenía que ir, lo hacía; buscaba un mejor lugar, a veces, o nunca faltaba quién requiriera una empleada doméstica. Recuerda que una vez llegó a una casa y encontró la mesa preparada, que era lo que a ella le correspondía:

“...serví, me fui para adentro después y le digo a la señora “diay ¿qué pasó?, “venga le tengo un papelito”... [...] no había dado motivo, tenía una muchacha en la casa y a ella le caí mal y ya le dije a la mamá que me echara, no se por qué le caí mal, la señora nunca me lo quiso decir, “no te digo por qué me da vergüenza porque te despedí”, pero me pagó y no había reclamo de nadie, me echo con plata”.

Apunta que con Efraín Guzmán, quien era abogado, aprendió cosas de leyes, le ponía “cuidado” para saber defenderse en cuanto a vacaciones y a aguinaldo, o como, en ese caso, lo que le correspondía por el despido.

Dice doña Teresa que esa señora después la volvió a llamar, porque una empleada la dejó sin muebles ni nada; de inmediato nos indica: *“Ahí está, vale más viejo conocido que nuevo por conocer”.*

Honrada y segura de sí misma, alega que nunca dio motivo para que pensarán que era ladrona, nunca le gustó registrar; solo lavaba, limpiaba y ayudaba en la cocina. De hecho, trabajó en muy pocas casas porque duraba.

Una de sus últimas casas fue ya más al oeste de San José, pues quería estar más cerca: *“Yo añoraba estar aquí. Cuando me vine, yo trabajaba en San Rafael de Escazú, donde una, no sé, tal vez conozcan...don Ricardo Salazar Herrera que era hermano de Carlos Salazar Herrera que fue escritor o algo así”.*

Doña Teresa tuvo un hijo; le preguntamos que si solo ese tuvo y dijo que sí: *“...gracias a Dios lo tuve, la gente me criticó porque cuando uno no está con alguien lo critican”.* Entre risas, afirmó que nunca se casó, la cazaron, pero es algo de lo que no se arrepiente. Conoció al papá del hijo mientras trabajaba en San José y quedó embarazada ya *“estando grande”*, a los 33 años: *“...no me arrepiento de haber tenido un chiquillo, ahí están los nietos”.*

Con el hijo, la situación en el trabajo se complicó. Cuando él tenía 3 años, en una casa la echaron; un mal recuerdo. Pero, también, tiene buenas experiencias en su memoria, por ejemplo, una casa en donde le dijeron, cuando llevó el hijo, que: *“donde comen 4 comen 5”.*

Ya más grande el hijo, lo cuidaba su mamá, pero cuando un carro atropelló a la señora, se vino a cuidarlos a ambos. Después



siguió trabajando, pero lo que hizo fue buscar casas en donde planchar. Precisamente, aseguró complacida como parte de su devoción al trabajo que todavía plancha en casas: *"...en una casa yo plancho, yo digo que de los ricos y famosos"*.

Asegura decirle así a la familia para la cual todavía trabaja pues va a planchar algunos días de la semana a distintas casas de la misma familia. Indicó que es gente muy buena con ella, con quienes vacila mucho y, entonces, ella les puso así. Ella dice que porque: *"Es que en Miami, por esos lados hay un lugar que llaman de los ricos y famosos que son los artistas, verdad, díay entonces yo les pongo así"*.

Señaló que un día hablaba de su situación en donde trabaja planchando porque ellos le pagan bien: *"...yo les digo que ellos me pagan por verme, por no cortarme el rabo, "no vos todavía te ganas la plata". Bueno así será, no sé, pero díay yo le trabajo ahí..."*.

Manifestó que todos son buenos:

"...son buenísimos, yo ando comprando raspas a ver si acaso pego, a la hora de almuerzo voy llegando a aplanchar y yo almuerzo allá, en esas casa almuerzo y tomo café y veo televisión si quiero, porque me pagan ya no es por horas, sino por lo que haya de ropa por semana, un día por semana voy a cada rato".

Va a cuatro casas, una vez por semana a tres, y cada 15 días a una. En definitiva, una mujer fuerte que no le pone obstáculos a la vida ni al trabajo.

La que recorre de arriba a bajo las calles y orgullosa siempre va descalza

Con esa rutina, tal cual lo constatamos en varias ocasiones, doña Teresa no para en la casa:

"...a veces me voy por ahí a caminar, yo también reparto una revista... Margarita Ramírez es la que la recibe y yo le cobro algo por repartirla; y a recoger latas botadas, latas, las botellas me hacen mucho molote, en cambio la lata la exprimo... un día de estos me fui, ellos –su hijo y su nuera– administran una esquina, hay seis arbolitos de naranjo y llego a regarlos si no llueve, para que desarrollen. No es de nosotros, los dueños están en Estados Unidos, pero si le echan cosecha algún día y los chiquillos están todavía cuidando el terreno, pues tendrán frutas. Tengo un palito de carambolas ya grande. A mí me gusta sembrar, pero aquí no tengo dónde sembrar, aquí lo que tengo es un jardín adentro".

Con tanto qué hacer, doña Teresa se cansa, pero ya no es el mismo "corre corre" de antes, que venía a darle una vuelta a la mamá y se iba para otra casa. Además, la familia para la que trabaja es muy comprensiva, ya son 20 años de plancharles y no tiene la necesidad de ir a más casas como antes.

Nos cuenta que tiene pensión del régimen no contributivo porque, a pesar de que trabajó tanto, prefería que no le pagaran seguro para tener más plata: *"...por tonta, tonta y no tonta, porque decía yo, si yo cojo para el seguro me quitan de mi sueldo y el sueldo mejor llevarlo a la casa para que papá y mamá se ayuden, porque ya mi papá estaba viejo también..."*.

Volver a la familia hace que recuerde nuevamente a su papá. Dice que fumaba y que también tomada, y que a ella eso le gusta de vez en cuando. Le gustan los tragos dulces; si la invitan no deja pasar la oportunidad y "¡tome!" (hace gesto como que toma algo). Y

es que, definitivamente, ella es una mujer alegre. Cuenta, por ejemplo, que para las fiestas le gusta lo ranchero, y que canta, aunque sea solo para el vacilón de la calle. Además, dice que baila los corridos.

Un detalle no podíamos dejar pasar: doña Teresa es una de las últimas personas descalzas de Villa, la única mujer: "...nunca me gustaron los zapatos, y así anduve en San José". Así va a toda parte, claro a veces tiene sus accidentes: "me meto las espinas, una vez un clavo me tuvo en el hospital, trabajaba allá por la Maternidad Carit, le di una patada a una caja podrida, levante el pie y donde jale se me metió por el tobillo...". De inmediato apuntó "...es que soy hierba mala...". Nos dijo que se siente buena, no es que sea mala, pero que sí es dura de matar. Pero ha sido feliz:

"Gracias a Dios sí, cuando me aburro aquí, me voy a la calle, tengo muchas amistades, yo les hablo verdad, digo de mi familia mis hermanos si me visitan, los recibo a veces me gustaba cuando yo iba con mi mamá a dejarla allá, como ella estaba viejita, me gustaba acompañarla, pero la dejaba a ella allá y yo me venía".

La mamá murió en 1997; tenía 92 años y era muy fuerte la señora, pero se complicó desde que el carro, como 15 años atrás, la atropelló. Con ese ejemplo, doña Teresa espera llegar a la edad de la mamá, ya que se siente muy bien, al punto que, como indicamos al inicio, hasta se sube a los árboles.

Y así, entre comentarios, la señora sería del principio, ahora se divierte contándonos de su vida. Una mujer de gran valor, sinceramente increíble, cuya lucha ha sido con todo, menos con la vida, porque a la vida la tienta y la burla como un artificio del destino...

Escuchar: un comienzo para apre(h)ender

Es claro que trascendemos los años pero hurgamos poco en ellos; decimos que hay que aprender del pasado, y cada vez valoramos menos a quienes con su experiencia han colaborado en la construcción de nuestro presente. He ahí una evocación y la posibilidad de interpretación de las transformaciones actuales.

Escuchando-leyendo a doña Teresa apre(h)endemos más de nuestra dimensión humana; de luchas, esfuerzos, sacrificios y satisfacciones; le atribuimos valores y significados a la edad (Feixa, 1996) mediante la devoción al trabajo, el espíritu de lucha y la disposición para servir.

Con este esbozo de lo sucedido en su vida, en esos casi ochenta años –setenta y ocho al momento de la entrevista–, develamos su valiosa experiencia y la riqueza de un pasado al cual ingresamos con tan solo sentarnos a escucharla.

Por tanto, valga señalar que si vivir es inherente a la condición humana, es con nuestro día a día que construimos el significado de lo que somos. Niños, niñas, jóvenes, personas adultas y adultas mayores pasamos de una a otra etapa de nuestra vida y, al final, tal cual nos lo recuerda la protagonista de *El tibio recinto de la oscuridad*; "Como sea, no es sencillo hacerse la idea de que uno se va y el mundo sigue adelante" (Contreras, 2000: p. 311). ¿Qué dejamos?, ¿quién se da cuenta de lo que hicimos?, es más: ¿qué nos han dejado?, ¿qué nos dejan?, ¿qué nos dejarán?

Sirva la imagen de esta mujer que hoy continúa recorriendo las calles de "Villa", para ser conscientes de nuestra herencia, del patrimonio que se cuela tras las palabras de las abuelas y de los abuelos, de lo acelerado de los procesos que hoy vivimos y transforman nuestro medio y las relaciones con los demás.

Mucho es lo que ellos y ellas tienen para contar; insuficientes las palabras para mostrar la vasta experiencia que, a ojo de editor, es triste tener que recortar y que, a versión de recuerdo, en sus relatos, se modifica una y otra ocasión.

Nota

- 1 Este artículo es producto del trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación "Tradición oral en el cantón de Mora", desarrollado por el autor entre los años 2006 y 2007, con el apoyo del Programa de Becas Taller de la Dirección de Cultura del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

Bibliografía

Contreras C., Fernando. (2000). *El tibio recinto de la oscuridad*. San José: Ediciones FARBEN.

Feixa, Carles. (1997). Antropología de las edades. En: Prat, Joan y Ángel Martínez. *Ensayos de Antropología Cultural*. Barcelona: Editorial Ariel.

García Canclini, Néstor. (2005) [1999]. *La globalización imaginada*. México: Editorial Paidós.

_____. (2004). El dinamismo de la descomposición: megaciudades latinoamericanas En: Navia, Patricio y Marc Zimmerman (coordinadores). *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo [des]orden mundial*. México: Siglo XXI Editores.

_____. (1995). *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo.

García de la H., Marcos. (2000). En torno al problema de la identidad latinoamericana. En: *Revista UNIVERSUM*. 15. Chile: Universidad de Talca.

Giddens, Anthony. (1997). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.

Giddens, Antony. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial S. A.

Larraín I., Jorge. (1996). *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

Mendoza, Édgar S. G. (2005). *Lo urbano y la ciudad: la importancia de su construcción teórica*. Guatemala: USAC.

Entrevista

Sánchez Mena, Teresa. 20 de julio de 2007.